



## **Palabras del Rector Orlando Poblete**

Ceremonia de asunción del Rector José Antonio Guzmán  
Santiago, 21 de enero de 2014

Agradezco a todos su presencia en este acto de investidura de mi sucesor.

Ha sido un inmenso honor dirigir la Universidad estos diez años. No tengo palabras para agradecer la confianza de la Junta Directiva y el respaldo humano y profesional de quienes me han acompañado en el gobierno. Me resulta imposible reconocer, con justicia y en toda su magnitud, el apoyo de los decanos y directores, de los consejos, de administrativos y auxiliares.

La Universidad tiene hoy, tan solo a casi veinticinco años de su fundación, una posición privilegiada y un sólido reconocimiento público. Es, gracias a Dios, una realidad promisoría que continuará dando importantes frutos.

La experiencia de estos diez años muestra que son muchas las variables que deben concurrir para que la Universidad avance. Desde luego, la calidad de las personas y su formación humana y profesional. La Universidad se debe a sus profesores, a sus administrativos y auxiliares, también a sus alumnos. El trabajo ordinario bien hecho, realizado con competencia profesional e ilusión, con sentido de trascendencia, es el que ha dado frutos entre nosotros.

La calidad de las personas permitió que la Universidad se haya propuesto siempre metas altas y horizontes amplios, condición segura para una tarea fecunda. Valoro con gratitud que nadie en estos años haya escatimado esfuerzos para crecer y servir mejor. Cada uno desde su lugar se ha integrado a un trabajo de investigación y docente, también administrativo, cada vez más potente y significativo.

La belleza del campus y nuestros edificios impresionan, pero son sólo una parte de lo que nos preocupa. En verdad, nuestras cabezas han estado en



procurar las mejores condiciones para el cultivo de la ciencia, el desarrollo de la investigación, la mejor docencia y la formación completa de los jóvenes.

Valoramos el progreso material en cuanto sirve y crea el ambiente universitario, pero lo que nos alienta realmente es constatar que cada día se hace aquí más universidad. Cada vez son mayores las condiciones para el desarrollo académico. En cada lugar del campus hay estudio, discusión, lectura, enseñanza. La búsqueda de la verdad no es una frase y menos lo es el interés en influir responsablemente sobre nuestro propio tiempo. Nuestra audacia de pretender armonizar entre sí los saberes fundamentales enfrenta la adversidad de lo que nos toca vivir, pero no se reduce, se acrecienta en el intercambio de los profesores entre sí y con los estudiantes y en la tensión conjunta y armoniosa respecto de los temas cruciales.

Me hago un deber también reconocer el aporte determinante de nuestros alumnos. Quien viva el campus hallará miles de ellos con vocaciones de distinto signo, infinitas miradas y aspiraciones. Su diversidad y sus inquietudes retan nuestro intelecto y nos exigen innovar en las explicaciones y en los métodos. Pero, lo que me interesa destacar, es que estos jóvenes, junto con generar un genuino ambiente universitario, están dispuestos a ser formados, tienen el anhelo de algo más elevado que corresponda a todas las dimensiones que constituyen al hombre. Nuestro tiempo promueve a ratos visiones reduccionistas y sesgadas de lo humano y suele eliminar toda referencia superior, pero nuestra experiencia nos hace confiar en que tales males pueden ser reducidos. Hemos visto que quienes se abren a las promesas y dificultades de la vida están dispuestos a oír y comprender el acercamiento sapiencial a la naturaleza y a la persona, a la verdad de su origen y de su destino.

La Universidad de los Andes ha buscado estos años templar el ánimo de los jóvenes para que acometan con vigor la tarea de revitalizar una sociedad más libre, más creativa, más inclusiva y solidaria, es decir, más cristiana. Hemos querido que esta sea una escuela de paz que pueda temperar los apasionamientos y eliminar la violencia del horizonte personal y social.



Hemos tratado de hacer realidad el aserto de San Josemaría “salvarán a este mundo no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciendo todo a cuestiones económicas y de bienestar material, sino los que tienen fe en Dios y en el destino eterno del hombre y saben recibir la verdad de Cristo como luz orientadora para la acción y la conducta”.

Nuestros logros aparecen siempre entreverados por limitaciones de distinto orden. Desde luego, el desarrollo necesita tiempo. Se requiere más que unos pocos lustros para que una institución como la nuestra sea un referente fuerte y lidere significativamente. No cabe, por lo mismo, el apresuramiento, sino la perseverancia y el ejercicio de la paciencia.

De otro lado, es necesario para las universidades un marco jurídico claro y estable. Nos debemos a la libertad de enseñanza y a la libre iniciativa privada y requerimos del Estado un trato justo, que mire a nuestros alumnos como a todos los universitarios chilenos, que disponga fondos adjudicados por concurso para alentar la investigación y los doctorados, y favorezca los bienes públicos que generamos.

Quisiéramos que las reformas que vienen, valoren la exitosa experiencia nacional de integración de lo público y lo privado en la educación superior y que las regulaciones no terminen conculcando la iniciativa. No ocultamos nuestra frustración, porque, tras la gran reforma de 1981 a la institucionalidad universitaria, no haya habido otra de igual envergadura para corregirla y afinar el sistema. Sin perjuicio de algunos logros, el exceso de discusión programática, cuando no el error conceptual y el ideologismo, han terminado en la incertidumbre actual, que crea desconfianza y sólo podrá superarse con una habilosa y responsable negociación política.

Aspiro a que la Universidad, cualesquiera sean las contingencias, esté siempre en medio del mundo, con plena participación en las instancias correspondientes, haciendo los esfuerzos que el bien del país demande. Es mi máximo deseo que la comunidad académica exprese siempre lo mucho que tiene que decir y haga ver todos los motivos de esperanza.



Me voy convencido que el sentido de la vida que debe fomentar la universidad supone generosidad y altura de miras y ha sido mi experiencia que los grandes anhelos, el afán de servir y conocer y el espíritu constructivo por lograr una sociedad más justa revierten sobre quien los cultiva.

Reitero mi gratitud a todos. Vuelvo a la Facultad de Derecho para sumarme desde allí al trabajo que la Universidad requiera y para servir a todos quienes me necesiten. Atesoro la riqueza de haber procurado servir a la Universidad, a todos, a sus profesores, a sus alumnos y a sus alumni. Francamente me siento en deuda. Tengo la convicción de haber recibido mucho más de lo que he entregado.

Concluyo mi período con la inmensa alegría que produce el trabajo realizado, el cariño de todos expresado con fuerza en estos días y la confianza en el nuevo Rector, cuya calidad humana y formación académica, unidas a su destacada trayectoria entre nosotros, son garantía cierta de los mejores bienes para la Universidad.

Muchas gracias